



24 de diciembre de 1880

Nuestro Señor nos llama a ser esposas de su santa infancia

Mis queridas hijas:

No hay casi nada en nuestra Congregación que no haya sido establecido por una Providencia cuyos orígenes conocemos las antiguas. Por eso renováis vuestros votos en Navidad, porque fue en esta fiesta cuando se hicieron los primeros grandes votos en la Congregación. Fue el día de Navidad cuando la Madre Thérèse-Emmanuel, la Madre Marie-Thérèse y yo nos postramos bajo la sábana mortuoria, después de haber pronunciado nuestros votos perpetuos. Desde entonces, en la Congregación, siempre hemos renovado nuestros votos el día de Navidad.

Esta Providencia tiene un significado, hermanas mías: notad que nos hace más especialmente esposas del Niño Jesús. Es a él a quien vamos a entregarnos. Es Él quien viene a ser el esposo de nuestras almas y quien nos dice: «Tú quieres ser toda mía, y yo soy todo tuyo».

La Santísima Virgen, que nos ha llamado a seguirla (pues somos sus hijas), nos destina a educar a las almas en el pensamiento de la fe, en el orden de la esperanza y de la caridad, a poner en el alma de las niñas un valor que nada pueda conmovier. Esta es nuestra verdadera vocación: esto es lo que la Santísima Virgen quería de nosotras. Ella nos llama al lugar de su maternidad divina, a la cuna donde colocará al Niño Jesús, no sólo en la pobreza, sino en la miseria.

La vida de la Santísima Virgen fue una vida pobre, era la mujer de un obrero; la casa en la que vivió, que todavía se puede ver en Loreto¹, era una pobre casita que constaba de dos habitaciones. Una era probablemente la cocina, y la otra debió de ser el dormitorio de la Santísima Virgen. Fue aquí donde recibió la visita del ángel Gabriel.

Si era pobreza, no era miseria. No era la privación de todas las cosas. Había poco, es verdad, pero había un poco de ropa y algunos cuencos. Había el resultado del trabajo diario. Había también un lugar donde reposar la cabeza. Esto no era suficiente para nuestro Señor Jesucristo. Para obedecer las órdenes de los poderosos de la tierra, que cumplían sin saberlo las órdenes de la Providencia divina, quiso que su Madre se pusiera en camino y viniera a Belén, donde, rechazada de todas las casas, tuvo que refugiarse al abrigo de los animales del campo y dar a luz allí a su Hijo único y primogénito, el Hijo único del Padre en los esplendores del cielo.

Es este humilde y pobre esposo el que María os presenta. Lo veo obediente, despojado de todo, que viene a pedir cobijo y no lo encuentra. Os llama para que le deis en vuestro corazón el asilo que se le niega y a convertirnos en esposas de su santa Infancia. La Santísima Virgen nos llama a esto, porque su gloria incomparable, que comenzó con su concepción inmaculada, encuentra su plenitud en su Maternidad divina y pasa por la cruz hasta la Asunción, que es

¹ Sobre Loreto, cf. *Notas íntimas* nº 233/01, p. 241

nuestro misterio. Es esta Asunción la que esperamos compartir un día, cuando hayamos merecido y sufrido aquí abajo, y desde la cruz vayamos al cielo. Por tanto, aquí hay un plan.

El Niño Jesús se entrega a nosotras. Le pertenecemos, porque es junto a su cuna donde venimos a renovar nuestros votos. ¿Qué vemos en él? ¡Qué mansedumbre, qué humildad! ¡Qué imagen de perfecta pobreza, pues él es la miseria misma! ¡Qué imagen de perfecta obediencia, puesto que se le coge, se le pone aquí y allá, y se dispone de él como se quiere! ¡Qué imagen de perfecto silencio, puesto que es un *infante*²! No puede hablar, puede tener dieciocho meses antes de poder hablar: el que es el Verbo eterno permanece silencioso en los brazos de su Madre. ¡Qué imagen de pureza y de sacrificio! Hemos sido formadas por sus pequeñas manos divinas y adorables.

La Escritura dice que el hombre es obra de las manos de Dios. Sin duda, Dios no tiene manos, y esta expresión no debe tomarse al pie de la letra. Significa que para hacer la obra maestra de la creación, para formar esta criatura en la que quiso poner la semejanza de sí mismo, Dios se aplicó con particular cuidado, intervino toda la Santísima Trinidad. Todo fue hecho en el Verbo. El Verbo es ese niño que se nos da, de modo que podemos decir que fue por sus manitas divinas que se amasó la arcilla de la que procedemos. Estas manitas, tan puras, tan llenas de dones celestiales, ya sabéis a qué están destinadas. Un día serán clavadas en la cruz, y por eso las lleva. Estas manitas del Niño Jesús que os gustaría besar están destinadas al sufrimiento más duro; su cuerpo divino, formado por la operación del Espíritu Santo y de la sangre purísima de la Virgen María, está destinado a ser el precio de nuestra redención, la víctima ofrecida por la salvación del género humano.

Dios ha puesto las cosas terrenas al servicio del hombre. Disfrutar de ellas es totalmente lícito. Si nuestro Señor renunció a estas legítimas satisfacciones, fue por nuestro ejemplo, porque así lo quiso. Sólo conoció el sacrificio y la mortificación. Pues bien, es este divino Niño quien se nos da en el orden de la pureza y del sacrificio. Es Él quien quiere que seamos sus esposas. Al principio de todos los tiempos, cuando Dios dio una compañera a Adán, dijo: *No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una ayuda semejante a él*³.

Vosotros sois las esposas de Jesucristo, por eso estáis llamadas a ser *ayudas semejantes a él*. Así entendió Dios nuestro destino. Cuando Dios dio al hombre una esposa, quiso darle *una ayuda semejante a él*. Cuando Jesucristo aceptó elevar a una criatura humana a la dignidad de esposa, fue también para que le ayudara en su misión, para que fuera *una ayuda semejante a él*.

Cuando Dios toma a un hombre para hacerlo sacerdote, es para que este hombre pueda continuar su sacerdocio y su sacrificio, para que pueda interponerse entre Dios y el pueblo, para apaciguar a Dios y convertir al pueblo.

Las mujeres no estamos llamadas al sacerdocio. Nuestro Señor espera de nosotras que hagamos algo por Él y algo por el pueblo. Ese algo es *una ayuda semejante a la de Jesús*. Semejante no significa igual, sino del mismo tipo. Alguna vez habréis notado cierto parecido entre dos hermanas: aunque una sea muy guapa y la otra muy fea, hay sin embargo un parecido de familia entre ellas. Vosotras no podéis ser tan bellas como el Niño Jesús, pero podéis sentiros igual, ser de la misma especie, de la misma familia. Si al veros pueden reconocer algo de su pobreza, de su mansedumbre, de su humildad, de su obediencia, de su pureza, de su sacrificio, entonces sois semejantes a Él. Sois lo que él quiso que fuerais cuando se dignó daros el título de esposa. No sólo os hace sus hermanas, sus esposas, sino que os hace sus ayudantes, es decir, quiere que cumpláis en este mundo una misión semejante a la suya. Sobre todo, quiere que, como él, deis gloria a su Padre.

Lo primero que dijo cuando vino al mundo fue esto: *He venido, oh Dios, para hacer tu voluntad*⁴. Más tarde dijo: *Se acerca el tiempo, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores*

² Latín: “el que no habla”

³ Gn 2, 18.

⁴ Sal 39, 9 y Heb 1º, 7.

*adorarán al Padre en espíritu y en verdad*⁵. El primer rasgo de semejanza con nuestro Señor para un alma adodadora, por tanto, es el celo por el honor y el servicio de Dios; debe ayudar a nuestro Señor en la adoración a su Padre, en la alabanza, en la bendición y en todos aquellos actos del culto a Dios que se encuentran de modo tan admirable en el Niño de Belén.

La segunda cosa que os pide es el buen ejemplo; y lo daréis, si hacéis lo que acabo de decir, mostrando en vuestra conducta las virtudes del Niño Jesús. El ejemplo no faltará, y así le ayudaréis en el servicio de las almas.

Meditad estas cosas a los pies del Niño Jesús. Pensadlo: Dios tiene un designio al conducirnos al pesebre para renovar vuestros votos. Es allí donde cada año venís a entregaros a Él, es también allí donde Él se entrega a vosotras; porque no hay otro momento en el que Jesucristo penetra más profundamente en nuestra alma que cuando, en la plenitud de nuestra voluntad, le ofrecemos nuestros votos. Creed, hermanas mías, que toda la santidad de un alma religiosa consiste en que sus votos y sus reglas sean perfectamente observados. Todo lo que os parece grande y extraordinario fuera de vuestras reglas y de vuestros votos, es menos grande en realidad. Los demás votos no tienen la perfecta aptitud para vuestra santidad que tienen los tres votos de religión fielmente cumplidos.

Haced, pues, esta renovación con toda la seriedad de vuestra alma. Entregaos al Salvador que viene a vosotras, con gran fe y amor. Entregaos enteramente de nuevo, para que, si hasta ahora ha habido alguna imperfección en vuestra humildad, en vuestra mansedumbre, en vuestra obediencia, en vuestra observancia de las reglas, todo se renueve.

Esta renovación no es una ceremonia vana: debe ser un acto que os vincule más profundamente a Nuestro Señor, que primero le haga entrar más profundamente en vuestra alma, y después haga que su vida se manifieste en vuestro exterior.

⁵ Jn 4, 23.